

entonces demócrata y místico en cuestiones de Hacienda. El barón así lo quería. Aquel gran barón se preocupaba en conciliar las fracciones avanzadas del Parlamento, y no le disgustaba parecer generoso y hasta un poco soñador. Hizo nombrar á su secretario diputado por Montil. Huguet se lo debía todo.

Y el joven Boumont, que lo sabía, pensaba:

«Me bastará con hablar á Huguet.»

Lo pensaba. Pero en su interior no estaba seguro de que fuese así, pues sabía también que el señor Huguet, presidente del Consejo, evitaba cuidadosamente todo encuentro con el soldado Bonmont, y que no le gustaba que le recordasen los antiguos lazos que le unían con el barón que murió muy impopular, y muy oportunamente, cuando se alzaba un sordo rumor de escándalo.

El soldado Bonmont pensaba prudentemente:

«Hay que valerse de otro recurso.»

Para reflexionar más cómodamente, se sentó en el suelo, cerca de la bomba, ensimismándose en una profunda meditación. Todas las personas que juzgó capaces de disponer del báculo y la mitra desfilaron procesionalmente por su evocadora imaginación. Monseñor Charlot, el señor Goulet, el prefecto Worms-Clavelin, la señora Worms-Clavelin, el señor Lacarelle; todos ellos pasaron, y muchos otros además. Le sacó de su contemplación el soldado Jouvencie, licenciado en Derecho, que, haciendo fnnciodar la bomba, le soltó un chorro de agua en el pescuezo.

—Jouvencie— le preguntó gravemente Bonmont, secándose—, ¿de qué es ministro Loyer?

—¿Loyer? De Instrucción pública y de Cultos— respondió Jouvencie.

—¿Es el que nombra los obispos?

—Sí.

—¿De seguro?

—Sí. ¿Por qué?

—Por nada—dijo Bonmont.

Y en su interior exclamó:

«¡Ya tengo lo que necesito!... La señora de Gromance.»

XII

Aquella noche el señor Leterrier fué á visitar al señor Bergeret.

Al oír el campanillazo del rector, *Riquet* saltó de la butaca que compartía con su amo, y ladró terriblemente mirando á la puerta. Y cuando el señor Leterrier entró en el despacho, el perro le acogió con gruñidos hostiles... Aquella figura vulgar, aquel rostro grave y macizo con un collar de barba gris, no le inspiraron confianza.

—¡Tú también!— exclamó con suavidad el rector.

—Dispénsele usted—dijo el señor Bergeret—. Es manso. Cuando los hombres, al instruir su raza formaron el carácter que ha heredado, creían también que el forastero era un enemigo. No

enseñaron á los perros la caridad del género humano. Las ideas de fraternidad universal no han penetrado en el alma de *Riquet*. Representa un estado antiguo de las sociedades.

—Un estado muy antiguo—dijo el rector—. Pues es evidente que ahora vivimos en paz los unos y los otros, en la concordia y en la justicia.

Así hablaba el rector con ironía. Cosa des-acostumbrada en él, pero en poco tiempo había renovado su repertorio de ideas y de palabras.

Sin embargo, *Riquet* continuaba ladrando y gruñendo. Esforzábese visiblemente en detener al extraño con el horror de su mirada y de su voz; pero iba retrocediendo á medida que el adversario avanzaba. Guardaba fielmente la casa; pero era prudente.

Impacientado su amo le alzó del suelo por la piel del cogote dándole dos ó tres manotazos en el hocico.

Riquet cesó en el acto de ladrar, se agitó gentilmente sacando la lengua para lamer la mano que le castigaba. Sus hermosos ojos estaban inundados de tristeza y de dulzura.

—¡Pobre *Riquet*!—suspiró el señor Leterrier—. Así pagan tu celo vigilante.

—Hay que penetrar sus ideas—dijo el señor Bergeret, empujándole detrás de su butaca—. Ahora sabe que ha errado recibéndole á usted de mala manera. *Riquet* sólo conoce una clase de mal, el sufrimiento, y una clase de bien, la ausencia del

sufrimiento. Identifica el crimen y el castigo de tal modo, que para él una mala acción es una acción que se castiga. Cuando por descuido le piso una pata, se reconoce culpable y me pide perdón. Lo justo y lo injusto no embrollan su infalible juicio.

—Semejante filosofía le ahorra las angustias que experimentamos hoy—dijo el señor Leterrier.

Desde que había firmado la protesta llamada «de los Intelectuales», el señor Leterrier vivía en una sorpresa continuada. Expuso sus razones en una carta que publicarn los periódicos de la región. No comprendía las de sus contradictores, que le llamaban judío, prusiano, intelectual y traidor. Le sorprendía también que Eusebio Boulet, redactor de *El Faro*, le tratara todos los días de mal ciudadano y de enemigo del ejército.

—¿Lo creerá usted?—exclamó—; se han atrevido á imprimir en *El Faro*, que ultrajo al ejército. ¡Ultrajar al ejército, yo que tengo un hijo soldado!

Los dos profesores hablaron detenidamente del asunto. Y el señor Leterrier, cuya alma era cristalina, dijo:

—No concibo que mezclen en este asunto consideraciones políticas y pasiones de partido. Está muy por encima, puesto que se trata de una cuestión moral.

—Sin duda—respondió el señor Bergeret—; pero no tendría usted estas extrañas sorpresas, si pensara usted que la turba tiene pasiones violentas y sencillas, que es inaccesible al razonamien-

to, que pocos hombres saben conducir su espíritu en las investigaciones difíciles, y que para descubrir la verdad en este negocio, hemos necesitado una atención sostenida, la firmeza de una inteligencia experimentada, la costumbre de examinar los hechos con método, y alguna sagacidad. Estas ventajas, y la satisfacción de conocer la verdad, valen la pena de sufrir algunas injurias despreciables.

—¿Cuándo terminará esto?—preguntó el señor Leterrier.

—Dentro de seis meses, dentro de veinte años, ó jamás—respondió el señor Bergeret.

—¿Hasta donde llegarán?—preguntó el señor Leterrier. *Scelere velandum est scelus*. Esto me angustia, amigo mío, me angustia.

Y decía bien. Su fuerte máquina de animal moral estaba desquiciada. Tenía fiebre y dolores hepáticos.

Por centésima vez expuso las pruebas que había reunido con toda la prudencia de su espíritu y todo el celo de su corazón. Estableció las causas del error que aparecía á través de tantos velos reunidos. Y seguro de su razón, preguntó con energía:

—¿Qué pueden contestarme á esto?

Habían llegado á este punto de su entrevista los dos profesores, cuando oyeron un gran rumor en la plaza.

Riquet, levantando la cabeza, miró en torno suyo con inquietud.

—¿Qué sucede?—preguntó el señor Leterrier.

—Nada—respondió el señor Bergeret—, es Pecus.

Era, en efecto, un grupo de ciudadanos que daban ensordecedores gritos.

—Me parece que vociferan: «Abajo Leterrier»—dijo el rector—. Habrán advertido mi presencia en esta casa.

—También lo creo—dijo el señor Bergeret—. Y me figuro que pronto vocearán: «Abajo Bergeret». Pecus está alimentado de mentiras muy viejas. Su aptitud para el error es considerable. Sintiéndose incapaz de vencer con la razón los prejuicios hereditarios, conserva prudentemente la herencia de las mentiras que le han legado sus abuelos. Esta especie de prudencia le preserva de otros errores que le serían más perjudiciales. Se atiene á los errores probados. Es imitador; lo parecería más aún si no deformara involuntariamente lo que copia. Estas deformaciones producen lo que se llama progreso. Pecus no reflexiona; por lo cual es injusto decir que se equivoca. Pero todo le engaña y es miserable. No duda nunca, puesto que la duda es el efecto de la reflexión. Sus ideas varían sin cesar. Y á veces pasa de la estupidez á la violencia. No tiene ningún punto de vista superior, pues todo lo que sobresale se le escapa inmediatamente. Pero divaga, languidece, sufre. Hay que conservarle una profunda y dolorosa simpatía. Hasta conviene venerarle, porque de él

salen toda virtud, toda belleza, toda gloria humana. ¡Pobre Pecus!

Así habló el señor Bergeret; una piedra lanzada con fuerza, rompiendo un cristal cayó en el suelo.

—Es un argumento—dijo el rector—recogiendo la piedra.

—Es romboidal—dijo el señor Bergeret.

—Esta piedra no tiene ninguna inscripción—dijo el rector.

—Es lástima—añadió el señor Bergeret—. El comendador Aspertini ha encontrado en Módena balas de fronda que fueron lanzadas el año 43 antes de nuestra era, por los soldados de Hirtius y de Pansa á los partidarios de Octavio. Aquellas balas llevaban inscripciones indicando á quienes iban dirigidas. El señor Aspertini me enseñó una que estaba destinada á Libia. Le dejó á usted adivinar en qué términos estaba concebido el envío, conforme con el humor de los soldados.

Su voz fué dominada por los gritos de «¡Abajo Bergeret!» «¡Mueran los judíos!», que subían de la plaza.

El señor Bergeret, cogiendo la piedra de entre las manos del rector, la colocó sobre la mesa á manera de pisapapeles. Luego, cuando pudo hacerse oír, prosiguió su discurso:

—Crueldades horribles se cometieron después de la derrota de los dos cónsules antonianos en Módena. No se puede negar que desde entonces las costumbres se han dulcificado mucho.

Entre tanto, la multitud rugía y *Riquet* replicaba con sus alaridos heroicos.

XIII

El joven Bonmont, hallándose en París con licencia por convaleciente, visitaba la Exposición de Automóviles establecida en un rincón del jardín de las Tullerías, á lo largo de la terraza de los Feuillants. Recorriendo una de las galerías laterales—reservada á las piezas sueltas y accesorios—examinaba el carburador Plutón, el motor Abeille y el engrasador Alfonso, con ojos placenteros y con fatigada curiosidad.

Correspondía, inclinando la cabeza ó agitando la mano, á los saludos amables de jóvenes tímidos y de ancianos obsequiosos. Nada soberbio, nada triunfal, sencillo y hasta un poco vulgar, provisto soamente de aquella expresión de malicia constante y satisfecha, que tan socorrida le resultaba en el comercio de los hombres, era corto de talle, rechoncho, robusto aún, pero atacado ya por la dolencia que le arqueaba un poco la espalda. Habiendo bajado los peldaños de la terraza y observando las marcas distintivas de los diversos aceites de pata de buey, propios para engrasar mecanismos «patentizados», encontró en su camino una estatua de jardín, que estaba cubierta por el *velum*, en el recinto de tela encerrada; una obra clásica, de estilo francés: el bron-